

Lo más grave, acaso, es que esa mendicidad proporciona funciones de Estado, grados militares, dignidades y beneficios eclesiásticos: en la corte se obtienen las embajadas, los gobiernos de provincia, los gobiernos particulares y los mandos en jefe instituidos por el edicto de 1788; y en ella se llega a ser coronel de regimientos que no se mandarían. Ahora bien, era peligroso que Francia estuviese mal representada en el extranjero en una época en que su política era tan difícil; era peligroso otorgar al favor los gobiernos de provincia en un tiempo en que casi todas las provincias estaban agitadas; y peligroso crear una casta de militares de corte en unos momentos en que tanto se necesitaba la fidelidad del ejército. La servidumbre de los dos primeros órdenes se consumaba en Versalles precisamente cuando más importaba que conservasen la fuerza y la autoridad que la dignidad presta. En una palabra, aquella corte del rey de Francia fué fatal a la monarquía. Detestada por toda clase de razones, hacía detestar al rey sin darle ninguna compensación porque no estaba en estado de defenderlo; y aunque hubiese podido hacerlo ¿lo habría defendido? En ella imperaban las envidias, los descontentos, los odios y con gran facilidad habrían podido contarse los cortesanos que amaban al rey y a la reina.

## CAPÍTULO II

### EL CLERO (I)

I. Composición del orden. - II. Contingente que da la nobleza al clero. - III. Poder temporal y riqueza del alto clero. - IV. Costumbres episcopales. - V. La Iglesia contra el jansenismo, el el protestantismo y los filósofos. - VI. El culto, la caridad, la enseñanza. - VII. Actividad de los obispos fuera de la Iglesia. - VIII. Las opiniones políticas de los obispos. - IX. El bajo clero.

#### I. - Composición del orden

Hemos estudiado la sociedad francesa en tiempo de Luis XIV y hemos visto que se dividía en tres órdenes, clero, nobleza y tercer estado; que esta división tradicional le daba una falsa apariencia de simplicidad; que hay que reconocer la existencia de un orden de funcionarios, afín a la nobleza y hasta cierto punto con ella confundido; que cada uno de los órdenes, aun el mejor organizado, que es el clero, se subdivide en clases ó, si se quiere, en condiciones muy diferentes unas de otras; que el tercer estado es muy difícil de definir, y finalmente que las categorías de que la nación se compone casi no se comunican unas con otras. Pues bien, a fines del siglo XVIII la sociedad francesa sigue siendo lo que era en tiempo de Luis XIV, con una agravación de sus defectos.

(1) FUENTES: La mayoría de las Memorias de la época, en especial las de Talleyrand, Augéard, abate Georget. Weber, señora de Boigne, marqués de Ferrières, baronesa de Oberkirch, abate Morellet y Besenval; la *Correspondance de la comtesse de Sabran et du chevalier de Boufflers*; las *Mémoires d'outre-tombe*, de Chateaubriand; Nécker, *De l'administration des finances*; Mercier, *Tableau de Paris* (t. IV), ya citados. - *Collection des procès-verbaux des assemblées générales du clergé de France, depuis 1560 jusqu'à présent*, París, 1777-1780, 9 vol. en fol. *Nouvelles ecclésiastiques ou mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique* («Gacette janseniste», 1728-1798), 71 vol. Fleury, *Institution au droit*

Al final del Antiguo Régimen, Francia estaba dividida en ciento treinta y cinco obispados y arzobispados (2), entre los cuales hallábanse distribuidos, según el *Almanach royal* de 1789, treinta y cuatro mil seiscientos cincuenta y ocho curatos, aunque parece que el número de éstos fué mayor. Se ha calculado que había sesenta mil párrocos y vicarios, dos mil ochocientos prelados, coadjutores, vicarios generales y canónigos de catedrales, cinco mil seiscientos canónigos de colegiatas y tres mil eclesiásticos sin beneficio (3); ó sea con un total de setenta y un mil sacerdotes seculares.

El número de los monjes había disminuído considerablemente en los últimos veinticinco años. Después de la supresión de los jesuitas, la asamblea general del clero de 1765, temiendo algún ataque contra los regulares, había considerado prudente reformatos a fin de mejor defenderlos. Los Filósofos y los Economistas mostrábanse implacables con los frailes, especialmente con los contemplativos, á quienes acusaban de ignorancia, de pereza y de inutilidad, y la opinión pública les era tan adversa que eran poquísimos los que ingresaban en las órdenes monásticas, hasta el punto de que en ciertos conventos había apenas algunos religiosos. Una parte del clero era severa con las órdenes mendicantes;

*ecclésiastique*, nueva ed. por Boucher d'Argis, París, 1771. Malesherbes, *Mémoires sur la librairie et sur la liberté de la Presse*, París, 1809. Id., *Premier mémoire sur le mariage des protestants*, s. l., 1785, *second mémoire*, 1787. *Mémoires et lettres du cardinal de Bernis*, pub. por F. Masson, París, 1878, 2 vol. (Du Tillet), *Sentiments d'un évêque sur la réforme à introduire dans le temporel et la discipline du Clergé*, 1790. Laurent, *Essai sur la réforme du Clergé par un vicaire de campagne*, 1791. *Journal de Jallet, curé de Chérigné, député du clergé du Poitou aux Etats généraux de 1789*, Fontenay-le Comte, 1871. Lefranc de Pompignan, *Lettres à un évêque*, en el t. II de sus *Œuvres*, pub. por Migne, 1855. Véase además, respecto de los cuadernos del clero en los Estados generales, la bibliografía del cap. IV del lib. V, t. IV. - I.

OBRA DE CONSULTA: Taine (*L'Ancien Régime*), de Tocqueville, Boiteau, ya citados. Sicard, *L'ancien clergé de France*, 2 volúmenes, París, 1893-94. Meric, *Le clergé sous l'ancien régime*, París, 1892. De Crouzaz-Cretet, *L'Eglise et l'Etat ou les deux puissances au XVIII<sup>e</sup> siècle (1715-1789)*, París, 1893. J. P. Picot, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, 1853-57, 7 vol. Wallon, *Le clergé de quatre-vingt-neuf; le Pape, le Roi, la nation; fin de l'ancien régime*, París, 1876. Chassin, *Les cahiers des curés*, París, 1882. Mennisier, *Les cahiers de l'Eglise de France (Etat de l'Eglise de France en 1789)*, París, 1891. De Pre-sensé, *L'Eglise et la révolution française*, 3.<sup>a</sup> ed., 1890. Mathieu (cardenal), *L'ancien régime dans la province de Lorraine et Barrois (1698-1789)*, nueva ed. París, 1907. *Dictionnaire des ordres religieux* (1847, 4 vol.), y *Dictionnaire des abbayes* (1856) en la Enciclopedia de Migne. Maury, *Les assemblées du clergé de France*, «Revue des Deux Mondes», 1878. Mantouchet, *De ultimo generali conventu cleri gallicani anno MDCCLXXXVIII habito*, Le Mans, 1900. Theiner, *Histoire du pontificat de Clément XIV*, trad. de Geslin, París, 1852. Cretineau-Joly, *Le pape Clément XIV*, París, 1862. Bourgeois (abate), *Histoire des évêques de Cambrai*, Cambrai, 1875. Ricard, *L'abbé Maury (1747-1791)*, París, 1887. F. Masson, *Le cardinal de Bernis depuis son ministère (1758-1794); la suppression des Jésuites; le schisme constitutionnel*, París, 1884. Anglade, *De la sécularisation des biens du clergé sous la Révolution*, París, 1901. Lecarpentier, *La vente des biens ecclésiastiques pendant la révolution française*, París, 1908. Vermale, *Essai sur la répartition des biens ecclésiastiques nationalisés*, París, 1906.

(2) Había otro obispo, el de Belén, cuya residencia era Clamecy, pero no tenía diócesis. El *Etat de la France* enumera, además, los cuatro obispos del Comtat-Venaisin.

(3) Taine, *L'Ancien Régime*, ed. de 1906, t. I, págs. 320-321.

así, el arzobispo de Tours, Conzié, escribía á Brienne, en 7 de Junio de 1778:

«La raza cordelera (los franciscanos) (1) está, en esta provincia, envilecida; los obispos se quejan de la conducta crapulosa y desordenada de esos religiosos.»

La asamblea de 1765 resolvió suplicar al papa que escogiese, entre los prelados del reino, comisionados encargados de corregir los abusos; pero el gobierno no quiso que Roma interviniera en un asunto de policía eclesiástica interior é instituyó, por decreto de 23 de mayo y 31 de julio de 1776, una comisión de reforma compuesta de cinco prelados y cinco consejeros de Estado.

La comisión, que funcionó hasta 1789, fijó en veintitún años para los hombres y dieciocho para las mujeres la edad de los votos perpetuos, revisó estatutos, cambió jefes de comunidades, reunió en una misma casa á grupos de monjes aisladamente poco numerosos, traspasó rentas de un monasterio á otro y hasta suprimió, pura y simplemente, ciertas congregaciones; con todo lo cual redujo el número de frailes de veintiséis mil seiscientos setenta y cuatro que eran en 1774 á unos diecisiete mil quinientos, en 1790 (2). Por otra parte, según los documentos del Comité eclesiástico encargado por la Asamblea Constituyente de practicar una información sobre el clero, debió haber veinte mil setecientos cuarenta y cinco religiosos de veintiocho órdenes diferentes á las cuales había que agregar los padres del Oratorio, de la Misión y de la Doctrina cristiana, es decir, algo más de dos mil religiosos dedicados á la predicación y á la enseñanza. Según los mismos documentos, las religiosas debieron de ser unas treinta y siete mil, resultando, por consiguiente, un total aproximado de sesenta mil regulares de ambos sexos.

El clero regular y secular, que comprendía aproximadamente ciento treinta mil personas, poseía, según las evaluaciones hoy admitidas y que no son ni pueden ser exactas, cuatro mil millones en bienes raíces que producían de ochenta á cien millones al año, «á lo que hay que añadir el diezmo, ciento veintitis millones, ó sea un total de doscientos millones, cantidad que sería preciso doblar para tener el equivalente en nuestros días; y además de esto, el pie de altar y las colectas de limosnas (3).»

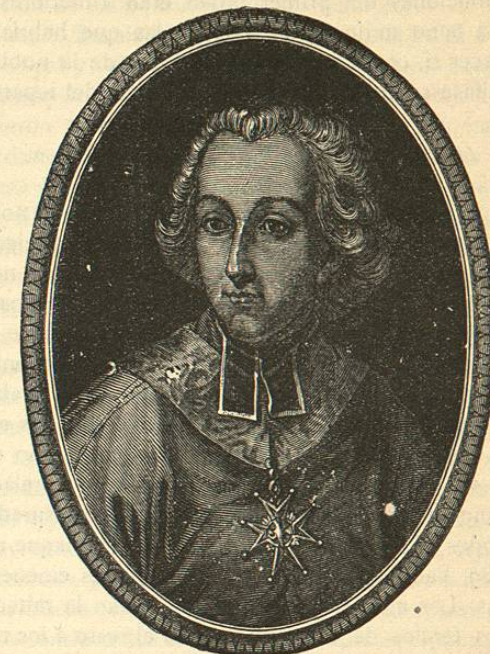
Aquel clero tan rico quejábanse siempre de su miseria y había conseguido hacer rebajar de un millón trescientas mil libras en tiempo de Enrique III á cuatro

(1) En francés *cordeliers*. - N. del T.

(2) Estas cifras, que da Gerin en su *Etude sur la Commission des Réguliers*, «Revue des Questions historiques», 1.<sup>o</sup> de julio de 1875, 1.<sup>o</sup> de abril de 1876 y 1.<sup>o</sup> de enero de 1877, se apartan mucho de las que da el abate Expilly en su *Dictionnaire*, de 1764, en la palabra *Clergé*. Es posible que el Comité eclesiástico de la Asamblea constituyente, cuyos documentos consultaron Taine y Gerin, no contase más que á los profesos y que Expilly agregase á éstos los novicios. Y por otra parte no parece que la comisión hubiese aplicado en todas partes la regla que había sentado, puesto que Taine cita monasterios en donde, poco antes de 1789, sólo había dos ó tres monjes. Véanse los documentos de la comisión en la Bibl. Nac. ms. fr. 13.846 á 13.858, y Lecestre, *Abbayes, prieurés et convents d'hommes en France; liste générale d'après les papiers de la Commission des Réguliers en 1768*, París, 1902.

(3) Taine, *L'Ancien Régime*, ed. de 1906, t. I, págs. 22.

cientas diez y seis mil novecientos veinte (4) en tiempo de Luis XVI, el subsidio llamado *Décima ordinaria* que desde el Contrato de Poissy, pagaba anualmente al rey. En cuanto á la subvención extraordinaria ó donativo gratuito, que votaba en sus asambleas generales, había llegado á ser muy cuantiosa en apariencia, en tiempo de Luis XVI: en 1775 había tenido que conceder diez y seis millones, luego treinta millones en 1780 durante la guerra de América, diez y seis millones más dos años después, habiendo ascendido el total de los donativos gratuitos, desde 1772 á 1788 á noventa



Loménie de Brienne

y un millones ochocientos mil libras, ó sea un promedio de cinco millones cuatrocientas mil al año, solamente para las ciento diez y seis diócesis del clero de Francia. Pero el clero había encontrado un expediente para proporcionarse las cantidades así concedidas sin recargar á sus miembros con impuestos, y este expediente consistía en levantar empréstitos. La deuda de esta suerte contraída por el clero elevábase, en 1784, á ciento treinta y cuatro millones, mas los intereses de esta deuda no los pagaba del todo el clero, ya que se hacía otorgar á este efecto un subsidio anual por el rey, subsidio que fué de quinientas mil libras hasta 1780, de un millón después y finalmente de dos millones quinientas mil á partir de 1782. De manera que la contribución realmente pagada por los eclesiásticos era muy módica en proporción de sus rentas.

Sin embargo, el clero, sin dejar de prevalerse de su inmunidad, afirmaba que pagaba su parte de las cargas públicas, contando como contribuciones al Estado sus gastos de percepción de las décimas y de administración financiera, sus gastos de asambleas y otros menores como pensiones á los nuevos conversos, gratificaciones á los escritores religiosos, socorros á los sacerdotes viejos y valetudinarios. Pero esas cargas, que no llegaban

(4) Boiteau, *Etat de la France*, 2.<sup>a</sup> ed., pág. 208, nota 1. - Nécker, *De l'administration des finances*, dice, en números redondos, 400,000.

á diez millones, no eran propiamente hablando impuestos ya que de ellas el Estado sólo percibía el noveno y, añadiendo la contribución del clero «extranjero» (1), que Nécker estima en un millón cuatrocientas mil libras, el quinto. Mediante este subsidio y algunos servicios que hubiera podido prestar cualquier banquero, el clero estaba dispensado de las vigésimas y de la capitación que pagaban los demás privilegiados. Nécker, embarazado por su situación de protestante y ginebrino, aceptaba, no sin ciertas reservas, la contabilidad fiscal del clero, pero hacía constar que las contribuciones del primer orden eran inferiores en siete á ocho millones de libras á las que habría de satisfacer si, con los mismos privilegios de la nobleza, se hallase sujeto á las formas ordinarias del reparto.»

### II.—Contingente que da la nobleza al clero

El alto personal, secular ó regular, salía de la nobleza. De mil cien abadías de hombres y seiscientas setenta y ocho de mujeres, más de mil eran de nombramiento del rey, y cuando éste escoge los abades entre los monjes es porque se trata de personas de elevada alcurnia á quienes sus padres han hecho entrar en un monasterio á fin de asegurarles una rica prebenda. Sin embargo, las más de las veces no deja las abadías á sus legítimos destinatarios, los monjes, sino que las da «en encomienda,» como se dice, bien á prelados para aumentar sus rentas, bien á simples tonsurados, casi todos ellos nobles; así, según el Almanaque real de 1789, había en encomienda ochocientas cincuenta abadías. Los abades comendatarios toman la mitad ó los dos tercios de la renta, y dejan el resto á los religiosos para su mantenimiento. Además, el rey concede á hijos de familias ilustres que ni siquiera son tonsurados, pensiones sobre las abadías, ó «economatos,» como se les llama, cuyas rentas administra un Consejo.

Los obispados, como las abadías, se dan á la nobleza. Había habido, sin embargo, obispos plebeyos en el clero de Luis XIV (2) y hasta en el de Luis XV, como Flechier, Mascarón, Massillon, Dubois, para citar sólo á los más conocidos, pues aunque las más altas dignidades eclesiásticas se reservaban á la aristocracia de la toga ó de la espada, todavía quedaba en el episcopado sitio para el mérito desprovisto de blasones; pero á medida que se avanza en el siglo XVIII se afirma la prevención de no tomar un solo obispo en la clase de los villanos. El abate de Beauvais, predicador célebre pero cuya partícula era de pura complacencia, llegó, no sin trabajo, en 1774 al obispado de Senez, una de aquellas tres ó cuatro sedes pobres que eran calificadas de «obispados de lacayos;» y cuando renunció aquel puesto en 1783, ya no quedó en el episcopado francés un solo plebeyo.

En la lista de los obispos se leen los nombres históricos de la vieja Francia: Montmorency, Rohán, La Rochefoucauld, Talleyrand-Perigord, Coucy, Chabot, Durfort, Clermont-Tonnerre, Crussol, d'Uzès, Maillé; nombres de ilustres familias provincianas: Castellane,

(1) El clero extranjero era el de los territorios anexionados después del Contrato de Poissy.

(2) Véase *Historia de Francia*, tomo IV. — I, pág. 132.

Vintimille, Sabrán, Polignac, La Ferronnays, Marbeuf, Juigné, Beaumont, Bourdeilles, Saint-Aulaire, Cicé, Boisgelin; nombres de extranjeros de nota, naturalizados desde hacía poco ó mucho tiempo: Grimaldi, Broglia, Dillón, Osmond, Mercy; nombres de descendientes ó parientes de ministros presentes ó pasados: Seignelay Colbert, Brienne, Machault, Amelot, La Luzerne.

Había familias episcopales: el príncipe Luis de Rohán es obispo de Estrasburgo, en donde sucedió á su tío, y su primo el príncipe Fernando de Rohán es arzobispo de Cambrai; tres La Rochefoucauld ocupan las sedes de Ruán, Beauvais y Saintes; dos Talleyrand, las de Reims y Autún; cuatro Castellane, las de Mende, Laval, Tolón y Senez; hay un Cicé en Burdeos y otro en Auxerre, un Conzié en Tours y otro en Arrás, un Du Plessis d'Argentré en Limoges y otro en Seez; un d'Osmond sucede á otro d'Osmond en Saint-Bertrand de Comminges; Choiseul-Beaupré, obispo de Saint-Papoul y luego de Monde, tenía dos sobrinos de su nombre que fueron el uno obispo de Chalóns y el otro arzobispo de Besanzón, y un primo, Choiseul Stainville que murió siendo arzobispo de Cambrai; y en la sede de Olorón sucedense en el siglo XVIII tres prelados oriundos de una misma familia del Delfinado, los Revol.

En las grandes familias nobles, los primogénitos, destinados á perpetuar la raza, abrazan la carrera de las armas y adquieren las dignidades militares, los cargos de la corte y los gobiernos de provincia; los hijos menores entran de grado ó por fuerza en la iglesia para aliviar la carga del jefe de la familia y mantener, en lo posible, la integridad del patrimonio y obtienen pensiones y abadías que les aseguran una posición independiente y á veces rentas tan cuantiosas que acaban por ser la providencia de las viejas casas.

Si los primogénitos no son aptos para el servicio militar, también se refugian en la iglesia; así el joven d'Osmond es destinado al estado eclesiástico porque tiene una pierna tres pulgadas más corta que la otra, y un Talleyrand porque es contrahecho de pies; la vocación viene, si es que viene, de añadidura. Cuando un hermano menor tonsurado como Des Cars, pierde á su hermano primogénito, deja los hábitos por las armas, y hay también hijos de familia que se cansan de la profesión militar ó no hacen carrera en ella, y entran, como Conzié, obispo de Arrás, en la Iglesia en donde piensan ascender más de prisa. Bourdeilles, obispo de Soissons, fué sucesivamente clérigo tonsurado, mosquetero, seminarista de San Sulpicio, sacerdote y por último obispo.

Los padres hacen tonsurar á sus hijos desde su más tierna edad á fin de asegurarles pensiones, mientras esperan las abadías que generalmente no se conceden antes del subdiaconado. Chateaubriand, ya caballero de Malta, fué tonsurado de uniforme y ciñendo espada, y otro caballero de Malta, Lally-Tollendal, que no halló en Francia prelado bastante complaciente, fué á Alemania á hacerse tonsurar por el obispo soberano de Paderborn.

Las dignidades eclesiásticas de tal modo son consideradas patrimonio de la nobleza, que el ministro de la hoja, es decir, el prelado encargado de proponer al

### III.—Poder temporal y riqueza del alto clero

Los obispos conservaron en muchos puntos una parte del poder temporal de que gozaban sus predecesores en la Edad media, en los señoríos eclesiásticos dependientes de las sedes episcopales. En el territorio de aquellos señoríos, que no concuerda necesariamente con el de sus diócesis, tienen todavía, á pesar de las extralimitaciones de los funcionarios del rey, derechos lucrativos de alta, baja y media justicia, y en gran número de ciudades los obispos confirman ó ratifican la elección de los cónsules y de los regidores.

Cuando Bernis hizo su primera entrada en la ciudad arzobispal y señorial de Albí, los «Cónsules, síndico y diputado de la Universidad y ciudad de Albí» le prometieron y juraron serle «súbditos leales y francos, guardarle y procurarle sus «derechos, provechos y honores» y obedecer sus mandatos y los de sus funcionarios. El arzobispo de Mende, merced á una complacencia de Richelieu para con su prelado amigo Marcillac, ha conservado casi todas las prerrogativas de la época feudal; es señor y gobernador de Mende y conde de Gevaudán, señor de los ocho barones de Gevaudán y, como recuerdo, de los condes de Rodez y de los reyes de Aragón; sus propiedades y sus feudos se extienden á cuarenta parroquias; se atribuye el derecho de nombrar los cónsules de Mende y los «síndicos» ó «comisarios» del territorio en los Estados particulares de Gevaudán; y tiene su tribunal de justicia en Mende, como el rey tiene el suyo en Marvejols, su baile de espada y un teniente general. En enero de 1789, los tres órdenes de la diócesis harán constar que «por un abuso manifiesto contra todos los derechos naturales y políticos, la sede episcopal dispone de toda la administración civil y política.»

En el clero llamado «extranjero» los prelados son verdaderos príncipes. El obispo de Estrasburgo es príncipe-obispo de Estrasburgo y landgrave de Alsacia, posee en Alsacia heredades de catorce leguas cuadradas de superficie, pobladas por veinticinco mil habitantes y que reditan trescientos cincuenta mil florines, ó sean ochocientas mil libras, ejerce además su autoridad sobre ochenta ciudades, burgos y aldeas del margraviato de Baden, y es príncipe del Sacro Imperio. El arzobispo de Besanzón ostenta también este título; el arzobispo de Cambrai es duque de Cambrai y duque de Cambresis, señor de feudos poblados por setenta y cinco mil habitantes, «elige la mitad de los regidores de Cambrai y toda la administración del Cateau, tiene los nombramientos en dos grandes abadías y preside los Estados provinciales.» Aun allí en donde el poder señorial se ha debilitado ó ha desaparecido, subsisten los títulos pomposos. Al frente del episcopado francés figuran los seis pares eclesiásticos: el arzobispo duque de Reims, los obispos-duques de Langres y de Laón y los obispos-condes de Chalóns-sur-Marne, de Beauvais y de Noyón, tienen señalados sus respectivos papeles en la ceremonia de la coronación, llevando el manto, la espada, el anillo ó el tabalí real, presentando la santa ampolla, ungiendo al rey, consagrándolo y mostrándolo á las aclamaciones del pueblo. Los obispos-pares de Francia forman parte del Parlamento de París; otros muchos obispos son consejeros de honor ó consejeros natos de los parla-

rey candidatos á los beneficios, se desentendiendose sistemáticamente de los individuos de la nobleza pequeña y media. A Boisgelin, arzobispo de Aix, costóle mucho hacer nombrar obispo, en 1784, á su vicario general, el padre Bausset, y en 1788, Beaupoil de Saint-Aulaire, obispo de Poitiers, no consiguió que fuese nombrado el suyo, el padre de Aviau, sacerdote de gran mérito, que será arzobispo de Vienne en tiempo de la Asamblea constituyente y á quien descartó Marbeuf, ministro de la hoja, desde 1776 á 1789, porque, aunque era de rancia nobleza su familia brillaba poco.

En cambio Bernis, apenas salido de San Sulpicio, veíase solicitado por el ministro de la hoja, Bayer, para que entrase definitivamente en el estado eclesiástico. «Señor, decíale Bayer estrechándole la mano, os hablo en nombre de la Iglesia; subdiacono, una abadía; dos años presbítero, vicario general y después obispo.»

Bernis no se deslumbró por aquel ofrecimiento, tan natural le parecía tratándose de un hombre de su alcurnia, y se tomó tiempo para reflexionar si haría fortuna en el mundo ó en el clero; y á decir verdad la hizo de las dos maneras. Poeta galante y mundano, á quien Voltaire llamaba «Babet la ramilletera,» á causa de sus gracias y de sus versos floridos, no se decidió hasta 1755, cuando contaba 40 años, á hacerse ordenar de subdiacono; y fué cardenal en 1758, dos años antes de ser presbítero, y en seguida de ordenado fué nombrado arzobispo. Otros ilustres señores esperaban impacientemente el episcopado: un La Rochefoucauld-Langeac, una vez terminados sus estudios en San Sulpicio, es nombrado vicario general de Bourges, de donde era arzobispo un primo suyo, el cardenal La Rochefoucauld; Bayer se disculpa porque le hace esperar algunos años un episcopado diciéndole que «un mérito tan extraordinario requiere una gran sede» y á la edad de 34 años obtiene el arzobispado de Albí. A esta edad poco más ó menos, entre 30 y 40 años, llegan al episcopado esos grandes señores presbíteros: Alejandro Angélico de Talleyrand-Perigord, tío del famoso Talleyrand, es coadjutor del arzobispo de Reims á los 30 años; á la misma edad es obispo de Metz Montmorency Laval; el cardenal de Luynes y el cardenal de Rohán fueron consagrados á los 26; y Carlos Mauricio de Talleyrand, el famoso Talleyrand, lamentábase á los 34 años de edad de no ser obispo, pero lo fué á los 35.

Los cargos de vicarios generales servían de prueba para los candidatos al episcopado. Los vicarios generales más que auxiliares de prelados eran compañeros de éstos, de su misma sociedad, que les hacían más soportables las residencias en las diócesis, en el fondo de las provincias; de aquí que los obispos, en vez de circunscribirse á cuatro ó cinco auxiliares, como recomendaban los cánones, aumentaban á capricho aquella sociedad eclesiástica de manera que en ciertos arzobispados había hasta quince ó veinte vicarios generales. Si todos ellos hubiesen trabajado habrían surgido conflictos entre unos y otros; pero generalmente dejaban el trabajo en manos de unos pocos diligentes ó de camaradas de inferior categoría, ya que, efectivamente, había entre los vicarios generales algunos pecheros como el padre Sieyes y el padre Maury, para no citar sino á los más conocidos, si bien éstos no llegaban á obispos.

mentos en cuya jurisdicción radica su diócesis y la mayoría de ellos son consejeros del rey en sus Consejos de Estado y privado. Suyo es el primer puesto en las asambleas de los países de Estados del Langüedoc; el de Aix, de los Estados de Provenza; el de Autún, de los Estados de Borgoña; el de Grenoble, de los Estados del Delfinado; el de Pamiers, de los Estados de Foix; y el de Lescaur, de los Estados de Bearn y de Navarra.

La pretensión de ciertas sedes á la antigüedad y á la preeminencia aparece en sus títulos eclesiásticos, pomposos y á veces contradictorios. El arzobispo de Ruán se titula primado de Normandía; el de Burdeos, de la segunda Aquitania; el de Auch, de la Novempulania y del reino de Navarra; el de Reims, de la Galia-Bélgica; el de Lyon, de las Galias; el de Sens, de las Galias y de la Germania; el de Vienne, primado de los primados; el de Bourges, primado de las Aquitanias y, además, patriarca, «dignidad supereminente que, en orden jerárquico de la Iglesia precede á todos los demás prelados y aun á los primados.» Para esos grandes señores y príncipes de la Iglesia las denominaciones de «Reverendo Padre en Dios.» «Micer» y «Señor» son muy pequeñas; en el siglo XVII se ha introducido la costumbre, que ha prevalecido en el XVIII, de llamarles Monseñor. Los reyes continuaban hasta la Revolución, y aun después, escribiéndoles «Señor obispo» y lo mismo hacen los ministros durante el antiguo régimen; pero las demás gentes les tratan de Monseñor.

La aristocracia eclesiástica percibía una gran parte de las rentas del clero secular. La mesa episcopal de los ciento treinta arzobispos y obispos de Francia, abstracción hecha de la Córcega, consistía en rentas sobre tierras, diezmos y censos feudales que, según las indicaciones del *Almanaque real* producían cinco millones seiscientos mil libras; pero la suma total era distribuída muy desigualmente entre los prelados, pues mientras, según el propio *Almanaque*, el obispado de Estrasburgo daba cuatrocientas mil libras, el de Vence no daba más que siete mil y el más pobre, el de Nebio, en Córcega, cuatro mil. Entre estos extremos y exceptuando Digne, un burgo, Saint-Paul-Trois-Châteaux, una aldea, y Glandève que era una sola casa, no había casi ningún obispado que reduciere á menos de diez mil libras. Ciudades pequeñas como Frejus, Sisterón, Rieux, Saint-Pons, Saint-Papoul, Lombez, Senez y Alet, tenían obispos bien dotados. El obispado de Comminges, cuya sede estaba en Saint-Bertrand, y el de Conserans, que la tenía en Saint-Lizier, producían veinticuatro y sesenta mil libras respectivamente; Mende valía cuarenta mil; Lavau, sesenta y cuatro mil; Condom, setenta mil y Agde, cuarenta mil. Los obispados mejor dotados, después del de Estrasburgo, eran: Metz, ciento veinte mil libras; Beauvais, noventa y seis mil; y Verdún, setenta y cuatro mil quinientas.

Había arzobispados con menos dotación que los obispados ricos: Aix, treinta y siete mil cuatrocientas libras; Arlés, cuarenta y dos mil; Embrún, veintidós mil y Vienne, treinta y cinco mil; pero la mayoría de ellos fluctuaban entre las cuarenta y setenta mil libras y algunos eran todavía más ricos, como por ejemplo, Ruán,

con cien mil libras; Tolosa, con noventa mil; Albí y Auch, con ciento veinte mil cada uno; Narbona, con ciento sesenta mil; y París, con doscientas mil.

Por añadidura, los titulares se hacían dar abadías en encomienda y obtenían una mesa abacial proporcionada á su mesa episcopal, correspondiendo á los mejores obispados las abadías mejores. Montazet, arzobispo de Lyon, percibía de aumento cincuenta mil libras; Talleyrand-Perigord, arzobispo de Reims, cincuenta y cinco mil; Rohán, Obispo de Estrasburgo, sesenta mil; Bernis, arzobispo de Albí, cien mil; Brienne, arzobispo de Tolosa, ciento seis mil; Dillón, arzobispo de Narbona, ciento veinte mil; y La Rochefoucauld, arzobispo de Ruán, ciento treinta mil. Tratábase, en suma, de un suplemento de un millón doscientas veinticuatro mil ochocientas libras repartido entre quince arzobispos y setenta y nueve obispos. El arzobispo de París era el único prelado á quien la costumbre prohibía la acumulación de beneficios; bien es verdad que sus rentas, estimadas en doscientas mil libras, ascendían realmente á cuatrocientas mil.

Porque, en efecto, el valor declarado de las rentas episcopales era inferior á su valor real en una mitad, por lo menos, y en algunos casos, en mucho más. El obispado de Troyes, en vez de catorce mil libras, producía setenta mil; el de Langres, ciento treinta mil, en vez de cincuenta y dos mil; el de Estrasburgo, seiscientos mil en vez de cuatrocientas mil; y el arzobispado de Albí, doscientas trece mil trescientas sesenta y ocho en vez de ciento veinte mil. La abadía de Jumieges no valía veintitrés mil libras sino cincuenta mil; Saint-Farón, no diez y ocho mil sino ciento veinte mil; Saint-Germain-des-Prés, no ciento treinta mil sino doscientas treinta y cinco mil novecientas treinta y cinco; Saint-Nast de Arrás, no cuarenta mil sino trescientas mil (1); y Saint-Amand (Hainaut), no seis mil sino cien mil. Bien es verdad que los obispos habían de pagar de su mesa varias pensiones y que no siempre disponían de toda la mesa de las abadías que les habían sido adjudicadas; pero aun después de deducidas esas cargas, la renta real seguía siendo muy superior á la declarada. Por otra parte, los obispos así gravados recibían en compensación pensiones sobre otras mesas episcopales ó abaciales (2). Las cuentas resultaban muy complicadas, pero al ver así engrosadas las cifras episcopales y abaciales, se comprende que el marqués de Ferrières pudiera decir en sus memorias que todos los obispos «tenían cien mil libras de renta y algunos doscientas, trescientas y hasta ochocientas mil;» únicamente resultaban exageradas sus afirmaciones respecto de un corto número de prelados.

#### IV.—Costumbres episcopales

Muchos de esos obispos aristócratas viven como grandes señores; tienen numerosa servidumbre y magníficos carruajes; dan fiestas y recepciones y acogen liberalmente á los viajeros ilustres y á las gentes notables de la provincia. Son grandes constructores, restauran, engrandecen y transforman los antiguos castillos

(1) Taine, *L'Ancien Régime*, t. I, pág. 330-332.

(2) P. Sicard, *L'Ancien clergé de France*, t. I, p. 112.

de los obispos feudales ó edifican palacios modernos en medio de árboles y jardines. Además, tienen su palacio en París, para pasar el invierno, y quintas de recreo en el campo para descansar durante el estío.

Luis José de Montmorency Laval, obispo que fué de Metz desde 1760 hasta 1790, habitaba en Frascati, á las puertas de aquella ciudad: «vivía, dice la señora de Boigne, en la mayor opulencia y tenía la mesa siempre puesta para la inmensa guarnición de Metz y para todos los oficiales superiores que por allí pasaban para unirse á sus regimientos.» Los honores de aquella «casa eclesiástica militar» hacíanlos á menudo la marquesa de Laval, sobrina del prelado, á quien su anciano tío amaba entrañablemente y pagaba los gastos de tocador, que importaban cuarenta mil libras al año. En Brienne, en el magnífico castillo que el arzobispo de Tolosa y su hermano habían hecho construir en el sitio de su casa solariega en ruinas, juntábanse lo útil y lo agradable para recreo de huéspedes y visitantes:

«Un gabinete de historia natural,—refiere uno de los amigos de la casa, el abate Morellet—una biblioteca rica y numerosa, un gabinete de física y un físico profesor de algún mérito (Deparcieux), procedente de París y que pasaba allí seis semanas ó dos meses para dar cursos á las damas; todo cuanto puede interesar, ocupar, distraer, hallábase allí reunido... La magnificencia desplegábase principalmente en las fiestas del conde y de la condesa; había entonces en el castillo cuarenta señores sin contar la muchedumbre de los campos vecinos, y conciertos, músicos llevados de París, bailes, mesas puestas en los jardines, versos y canciones del abate Vanmall, vicario general del arzobispado y míos (Morellet) y la comedia acompañada de pequeñas danzas en que bailaban la joven y linda señora de Houdebot, la señora de Damás y otras muchachas, daban á Brienne el esplendor y la magnificencia de la casa de un príncipe.»

El arzobispo de Narbona, Dillón, iba cada dos años á pasar quince días en la capital de su diócesis y presidía los Estados de Langüedoc en Montpellier durante seis semanas; el resto del tiempo vivía en París ó en una propiedad de Picardía, Hautefontaine, en donde, según testimonio de la señora de Boigne, parienta suya, «hacía vida más divertida que episcopal.» Su casa estaba gobernada por la señora de Rothe, sobrina del arzobispo que vivía con éste «desde hacía muchos años en una intimidad absoluta que ellos no se cuidaban gran cosa de disimular.» El arzobispo había casado á la hija de la señora de Rothe, con su sobrino el conde Arturo Dillón; pero siguiendo las costumbres de la época, tan contrarias al amor en el matrimonio, la condesa Dillón tenía públicamente por amante al príncipe de Guemenée, que se pasaba toda la vida en Hautefontaine:

«Había siempre mucha gente en Hautefontaine y se cazaba allí tres veces por semana. La señora Dillón era una buena música; el príncipe de Guemenée llevaba á los artistas famosos de la época; dábanse conciertos excelentes; representábanse comedias; organizábanse carreras de caballos y, en una palabra, la gente divertíase allí de todas maneras.»

El arzobispo, cazador apasionado, era muy propenso al reniego, y cuando el obispo de Montpellier, José

Francisco de Malide, único que con su virtud le imponía, iba á Hautefontaine y seguía en carruaje á los cazadores, Dillón decía á éstos: «¡Cuidado señores! Hoy será menester no renegar.» Pero «así que se enardecía con la caza, era el primero en picar espuelas y en olvidar la recomendación.»

El rey de los huéspedes era el cardenal Luis de Rohán, que después del incendio de 1779, había hecho reconstruir, más soberbio aún de lo que anteriormente fuera, el castillo de los obispos de Estrasburgo en Saverne, que dos Rohán antes que él habían adornado y decorado. Siempre sonriente, atendía de continuo á los deseos de sus visitantes y de sus invitados, y su divisa, inscrita en todas las puertas, era *suadere*. Daba fiestas suntuosas á las que concurrían gentes de París, de la corte, de toda Francia y de Alemania y era tan grande la afluencia, que á veces faltaba sitio en el castillo, á pesar de haber en él setecientas camas. «No había, dice un contemporáneo, mujer de buena casa que no soñara con Saverne.» Las cacerías sobre todo eran magníficas: seiscientos campesinos y varios guardas echaban la caza al alcance de la escopeta de los cazadores, á quienes seguían las damas á caballo ó en carruaje, y á la una, reuníanse todos á comer en una hermosa tienda, en un sitio agradable, junto á un arroyo. Y para que todo el mundo estuviera contento, «había corros y mesas en el césped para todos los labriegos, á cada uno de los cuales se entregaban una libra de carne, dos de pan y media botella de vino.» Seguramente en Saverne era donde más plenamente se gozaba de lo que Talleyrand llamaba «la delicia de vivir.»

Había, sin embargo, muchos obispos virtuosos y aun varios de ellos de una virtud rígida, como Juigné, el digno sucesor de Cristóbal de Beaumont en el arzobispado de París. El arzobispo de Aix, Boisgelin, vivía sobriamente y decía: «Viví de lo que no como;» y el obispo de Blois, Themines, se alumbraba, en tiempo ordinario, con una vela y se contentaba con un suizo por todo criado. Sería una gran injusticia juzgar la conducta de todo el alto clero por la de unos cuantos prelados mundanos; de los 135 obispos que había en Francia, sólo una minoría hacía vida fastuosa, pero esta minoría era la más notada y como llamaba la atención pública comprometía á toda la clase.

En los conventos existía gran relajación de costumbres, pues «las dos terceras partes de los frailes deseaban volver al mundo» y, en defecto de esto, vivían sin preocuparse de la regla ni de la clausura. Beugnot refiere que el último abad de Clairvaux, Dom Rocourt, era «un hombre guapo, de formas elegantes, de una cortesía afectada con los hombres que con las mujeres convertíase en galantería.» A los cabildos nobles de mujeres se les puede aplicar lo que el abate Mathieu dice de las abadías lorenesas:

«Rechazar todas las incomodidades de la vida religiosa para conservar de ella sólo las ventajas materiales; circunscribir los deberes de la misma al celibato temporal y á la celebración del oficio divino; desembarazarse de la clausura, de los tres votos, del traje monástico y de la vida común; transformar las celdas en otras tantas casas de placer situadas alrededor del claustro;... hacer... de un convento de benedictinas un